

## XXII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



### MONICIÓN DE ENTRADA

Traemos ante el Señor las penas y alegrías, los afanes de la semana que ha concluido. Atiende en este rato a tu corazón y, a la luz de la Palabra, mira qué hay dentro de él. La semana quizá ha sido larga, pero ahora el Señor

hará presente en la Eucaristía su generosidad, su entrega, su amor para el mundo y para todos nosotros. Date este tiempo para escucharlo, recibirlo y disfrutar de Él junto a los hermanos. Es el domingo, la fiesta de los cristianos.

### LECTURAS

*Lectura de libro de Jeremías 22, 20, 7-9*

*Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9 (R.: 2b)*

*Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Romanos 12 1-2*

*Lectura del santo evangelio según san Mateo 16, 21-27*

### MENSAJE PARA LA COLECTA

No hay mejor forma de manifestar que vivimos la misericordia y el perdón, que ejerciendo la compasión. Que nuestra colaboración en la colecta que vamos a realizar sea un signo de nuestro compromiso por ayudar a los demás, trabajando por un mundo más justo y solidario, donde el centro sea la persona. Sed generosos con esta colecta, que hoy será destinada a la labor de Cáritas.

## ORACIÓN DE LOS FIELES

*Con confianza acudamos al Señor pidiéndole por nuestras necesidades y las del mundo. Respondamos diciendo: Te rogamos, óyenos.*

—Por la Iglesia, para que sea un lugar de acogida y reconciliación. Roguemos al Señor.

—Por los gobernantes de los pueblos, para que trabajen por la paz, la justicia y los derechos de todos, en especial de los más necesitados. Roguemos al Señor.

—Por los enfermos, para que nunca les falte la atención y el cariño de todos y mantengan la esperanza y confianza, en medio del dolor. Roguemos al Señor.

—Por nosotros, para que vivamos la misericordia con todas las personas. Roguemos al Señor.

—Por los empobrecidos, para que cada uno de nosotros y nuestra comunidad trabaje con ellos acogiéndolos y ayudándolos en sus necesidades. Roguemos al Señor.

—Por nuestra comunidad, para que surjan vocaciones al servicio de los hermanos. Roguemos al Señor.

—Por los que sufren violencia, para que nazca para todos los pueblos la paz, fruto de la justicia. Roguemos al Señor

*Señor escucha la oración que te presentamos con fe. Por Jesucristo.*

## REFLEXIÓN

El pasaje del Evangelio de hoy (cf Mateo 16, 21–27) es la continuación de aquel del pasado domingo, en el cual se resaltaba la profesión de fe de Pedro, «roca» sobre la cual Jesús quiere construir su Iglesia. Hoy, en un contraste evidente, Mateo nos muestra la reacción del propio Pedro

cuando Jesús revela a sus discípulos que en Jerusalén deberá sufrir, ser matado y resucitar al tercer día. (cf v. 21). Pedro lleva a parte al maestro y lo reprende porque esto —le dice— no le puede suceder a Él, a Cristo. Pero Jesús, a su vez, reprende a Pedro con duras palabras: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (v. 23). Un momento antes, el apóstol fue bendecido por el Padre, porque había recibido de Él aquella revelación, era una «piedra» sólida para que Jesús pudiese construir encima su comunidad; y justo después se convierte en un obstáculo, una piedra, pero no para construir, una piedra de obstáculo en el camino del Mesías. ¡Jesús sabe bien que Pedro y el resto todavía tienen mucho camino por recorrer para convertirse en sus apóstoles!

En aquel punto, el Maestro se dirige a todos los que lo seguían, presentándoles con claridad la vía a recorrer: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (v. 24) Siempre, también hoy. Está la tentación de querer seguir a un Cristo sin cruz, es más, de enseñar a Dios el camino justo, como Pedro: «No, no Señor, esto no, no sucederá nunca». Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga para nosotros cristianos de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: «Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará». (v. 25). En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida.

Gastar los talentos propios, las energías y el propio tiempo solo para cuidarse, custodiarse y realizarse a sí mismos conduce en realidad a perderse, o sea, a una experiencia triste y estéril. En cambio, vivamos para el Señor y asentemos nuestra vida sobre su amor, como hizo Jesús: podremos saborear la alegría auténtica y nuestra vida no será estéril, será fecunda. En la celebración de la Eucaristía revivimos el misterio de la cruz; no solo recordamos, sino que cumplimos el memorial del Sacrificio redentor, en el que el Hijo de Dios se pierde completamente a Sí mismo para recibirse de nuevo en el Padre y así encontrarnos, que estábamos perdidos, junto con todas las criaturas.

Cada vez que participamos en la Santa Misa, el amor de Cristo crucificado y resucitado se nos comunica como alimento y bebida, porque podemos seguirlo a Él en el camino de cada día, en el servicio concreto de los hermanos. Que María Santísima, que siguió a Jesús hasta el calvario, nos acompañe también a nosotros y nos ayude a no tener miedo de la cruz, pero con Jesús crucificado, no una cruz sin Jesús, la cruz con Jesús, es decir la cruz de sufrir por el amor de Dios y de los hermanos, porque este sufrimiento, por la gracia de Cristo, es fecundo de resurrección.

*Papa Francisco, Ángelus, 3 de septiembre de 2017.*